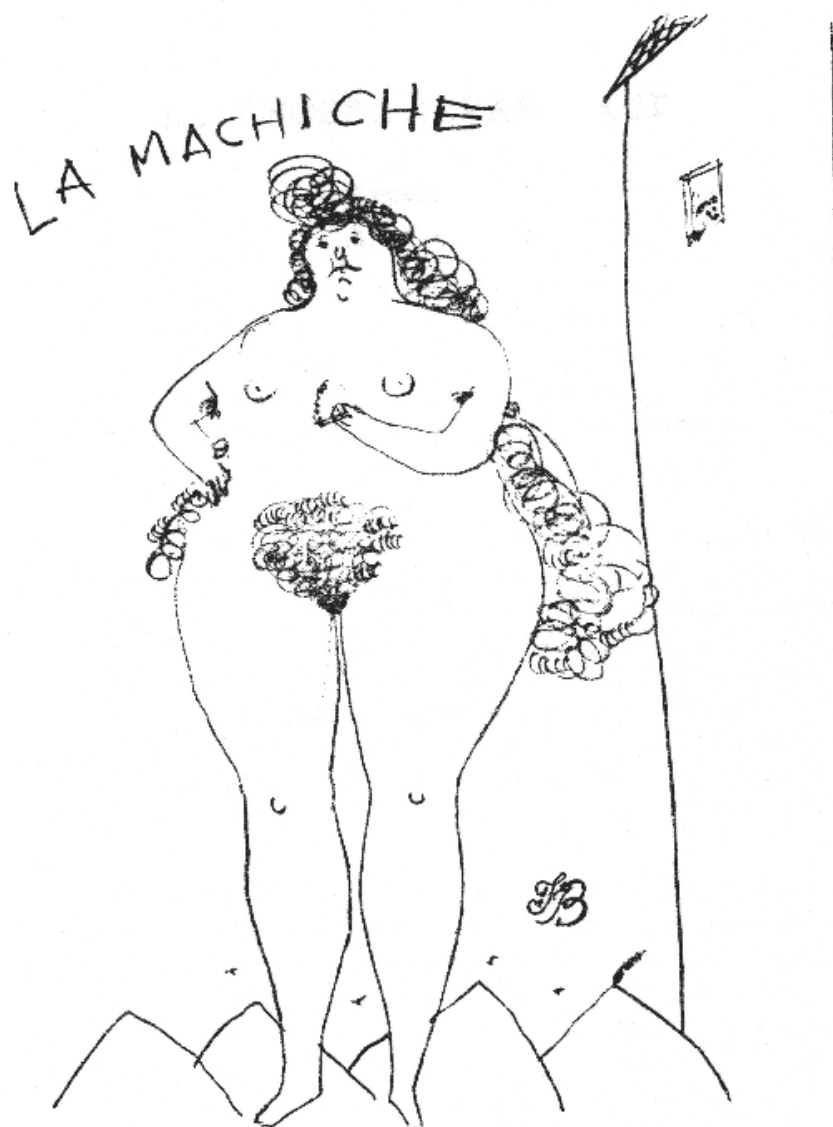
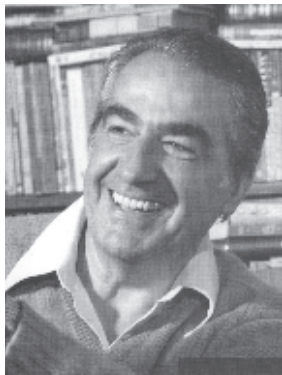


LECTURAS RECOBRADAS



FERNANDO BOTERO

Álvaro Mutis



De los varios capítulos que Álvaro Mutis escribió en México en 1956 de esta novela que dejó inconclusa, sólo autorizó la publicación de este tercer capítulo, que se incluyó en su libro Poesía y prosa en 1981, donde se publicaron por primera vez en Colombia sus libros de poesía Los elementos del desastre y Los trabajos perdidos, y sus libros de prosa La mansión de Araucaíma y el Diario de Lecumberri, junto a su relato "El último rostro", sus ensayos "La desesperanza" y "¿Quién es Barnabooth?", los "Textos de Alvar do Mattos", "Textos olvidados", "55 artículos de prensa sobre literatura, poesía, pintura e historia", sus entrevistas entre 1948 y 1979 (originadas en México, Perú, Venezuela y Colombia), y una selección de los más importantes textos (publicados entre 1948 y 1981) sobre su obra, de Aurelio Arturo, Ramón Vinyes, Hernando Téllez, Héctor Rojas Herazo, Jorge Eliécer Ruiz, Hernando Valencia Goelkel, Octavio Paz, José Emilio Pacheco, José Miguel Oviedo y Guillermo Sucre, entre otros.

Este Tercer Capítulo –escrito hace 50 años– pertenece, según su autor, no sólo a "una novela inconclusa sino a las cenizas de los muchos proyectos literarios definitivamente abandonados".

En 2002 Álvaro Mutis publicó en la Universidad Nacional (Bogotá) el libro Desde el solar– 50 textos sobre Colombia.

Alvaro Mutis

Fragmento de una novela inconclusa

CAPÍTULO TERCERO

Cuando, allá por los años veinte, los alemanes establecieron las primeras rutas aéreas que unían a las ciudades del centro con la costa atlántica, siguieron la ruta del río Magdalena y fundaron a lo largo de su curso varias bases de aprovisionamiento. Nagaima era una de ellas. Una rampa de cemento servía para subir los *junkers* a lugar seco. Los pocos pasajeros se guarecían del sol en una ramada con bancos rústicos, mientras el piloto y su ayudante vigilaban el llenado de los tanques. Los niños de ojos saltones y monstruosas barrigas hinchadas, las demacradas mujeres de pechos apergaminados y los famélicos rostros de unos pocos hombres, fueron, por muchos años el espectáculo habitual de los viajeros aéreos. Vinieron después aviones con mayor radio de operación y las instalaciones de la compañía en Nagaima fueron ganadas por la manigua hasta casi borrarlas de la lodosa orilla del río. El almacén de un aparato que se había incendiado en un accidente, al medirlo por el tierno verde de las lianas, adquirió la fantasmal silueta de un ave gigantesca que apresara la selva. Era la única huella que quedaba en Nagaima de su pasado esplendor de puerto aéreo. Quienes lo recuerdan todavía como tal, aluden siempre al calor implacable que en ese tramo del río envuelve día y noche la húmeda atmósfera jamás visitada por la más leve racha de aire fresco. Un alcalde progresista consiguió la construcción de una carretera que unía a Nagaima con una estación del Ferrocarril de Ambalema y el puerto conoció el lujo de un café con billar, de una escuela con aulas de cemento y techo de zinc y una breve calle de opacas bombillas rojas que anunciaban la anémica prostitución del trópico, una prostitución de harapos chillones, carnes palúdicas y sonrisas de mono. Bajaba a Nagaima el café de algunas trilladoras del Tolima y allí se cargaba con destino a Barranquilla. Algunos buques atracaban para recoger leña y los remolcadores que salían desde la refinería de Barrancabermeja, la hilera de planchones con gasolina y fuel oil, pitaban al pasar por Nagaima sin detenerse jamás, a no ser por alguna avería de consideración. Tal era la rutina de los habitantes de Nagaima cuyas vidas transcurrían entre la modorra invariable del calor y el castigo, sufrido y aceptado a manera de segunda vida miserablemente adherida a la verdadera, del paludismo y los parásitos que se instalaban en las entrañas hasta no dejar del ser humano otra cosa que el sórdido delirio de la fiebre y la mirada de unos ojos desorbitados por el asombro de un hambre insaciable y antigua.

A un costado de la plaza, la iglesia con altos techos de madera encalada, la casa parroquial con ventanas de reja a la calle y pequeño patio sembrado de plátanos y naranjos. Al frente, la alcaldía con balcones color azul celeste y

la cárcel de espesas paredes de adobe. En una esquina, el café en donde paraba el autobús que venía dos veces por semana, y en la otra unos depósitos de café y granos en donde el calor almacenaba un denso olor a rata y a seca cáscara sin nombre. Después unas pocas calles que bajaban al río y otras que en dirección contraria se iban perdiendo y desdibujando por entre la seca maleza gris y algunas ralas plantaciones de plátanos. Al pie del río, al final de la primera calle, ronroneaba en las tardes el motor de una planta eléctrica instalada por los navieros y los comerciantes de café interesados, en una época, en el bienestar de Nagaima.

Como tantos otros pueblos sobre el río, Nagaima no recordaba ningún hecho sobresaliente en la historia de sus días. Era como si el calor y la desordenada vegetación del trópico hubieran borrado de la memoria de los hombres y de las piedras, de las paredes y de las calles siempre inundadas y llenas de un fétido verdín incommovible, toda imagen del pasado, todo hecho que se encadenara con otros días. Porque Nagaima sólo vivía el presente, un presente que formaban el invierno, el calor, el aroma dulzón y podrido de mil especies vegetales y la danza monótona de bandadas de mosquitos que día y noche zumban sobre las gentes y las bestias para recordarles que son los únicos dueños del lugar, la única vida posible. La sombra de un frágil techo de palmera, la esquina de dos paredes de seca guadua, el menor abrigo son bastantes para congregarse las más inesperadas especies. Gigantescas cucarachas de brillante coraza parda, gordos chinches con su vegetal pestilencia amplificada por el vaho ardiente de una humedad constante que afloja la piel y anula cualquier deseo, cualquier impulso y penetra hasta en los sueños borrándolos y haciéndolos una sola y sórdida digestión imposible.

El primer signo de un cambio definitivo en la agobiante modorra del pueblo, fue la llegada de un cadáver que se enredó en las raíces de la orilla a donde las mujeres iban a lavar la ropa. Al comienzo creyeron que el grupo de buitres que bajaba por el río lo hacía sobre los despojos de algún ternero ahogado más arriba. Al rato, un remolino trajo el bulto hasta la orilla, los gallinazos huyeron y un amasijo informe y fétido vino a vararse en la arena de la orilla. La pestilencia del cadáver alejó a los espectadores congregados por los gritos de las mujeres y fue necesario traer a los tres presos que había en la cárcel municipal y obligarlos a sacar el bulto hasta la orilla. Uno de ellos se desmayó en el agua y estuvo a punto de ahogarse. Cuando extendieron el cadáver en la arena notaron que le faltaba la cabeza. Los testículos monstruosamente hinchados y los restos de un pantalón de paño indicaban

que se trataba de un hombre, cuya edad y condición fue imposible definir. Llamaron al cura para que bendijera esos restos pero se negó a hacerlo, alegando el desconocimiento de identidad del difunto y las condiciones de su muerte. Tampoco permitió que se le diera sepultura provisional en el cementerio de Nagaima. Lo enterraron al lado del matadero municipal, debajo de unas pieles de res que se secaban extendidas en armazones de guadua como el velamen de un infernal y fétido navío. Un telegrama del alcalde de Nagaima informando a las autoridades departamentales sobre el hallazgo, se quedó para siempre sin respuesta. Unas semanas más tarde el chofer del autobús que venía de Ibagué mencionó la posibilidad de que el muerto fuera una de las víctimas de la violencia que comenzaba a sentirse en varias regiones del Tolima. Fue la primera vez que la palabra se oyó en Nagaima.

Meses después pasaron frente al desembarcadero varios bultos sobre los cuales picoteaban ávidamente los gallinazos. En algunos se notaban las formas de un ser humano y otros giraban locamente sobre sí mismos, al impulso de la corriente. Nadie dijo nada, y el miedo se extendió por el pueblo. Un miedo informe, un miedo vergonzoso y vago del que no se hablaba. En el autobús llegaron después forasteros que, con sus familias, se instalaban explicando siempre que lo hacían de manera provisional y en espera de poder seguir río abajo hacia lugares más prósperos y de mayor fortuna. Un día irrumpió un camión de la policía y se llevó dos familias de las recién llegadas sin dar explicación alguna y sin que éstas tuvieran tampoco el ánimo de protestar o de huir. Más tarde alguien dijo haber visto los cadáveres en una vereda cercana. Nadie fue para confirmarlo. Ahora el miedo tenía en Nagaima una solidez y una presencia tan opresora y permanente como la del calor y la de los insectos.

Unos meses más tarde cambiaron el alcalde y llegó en su reemplazo un anciano de carnes amarillas y grandes encías que se instaló en el despacho y no habló ni se relacionó con nadie. Era de Nagaima, algunos lo recordaban, pero ninguno podía dar razón de su carácter ni de su vida pasada. Conocía muy bien el pueblo, y él sí daba muestras, en las diligencias rutinarias de su oficio, de conservar una memoria clarísima de todo lo pasado. Era como si su estada en las tierras altas le hubiera preservado la memoria, como si su ausencia de Nagaima lo hubiera convertido en el único testigo de un pasado que, para los demás, se había esfumado en el transcurrir de tantos días iguales. Esta memoria del alcalde vino a dar al miedo una cierta vertebrada estructura aun más evidente y duradera.

Fue entonces cuando murió el padre Aniceto Molina, cura párroco de Nagaima desde hacía tantos años, que todos lo recordaban como algo unido al pueblo desde siempre. Le hallaron una mañana en su alcoba, al fondo del patio de la casa parroquial, tirado en el suelo y con el rosario enredado en las manos. Lo enterraron el mismo día y el alcalde avisó al obispado para que mandaran un nuevo cura. Cerraron la iglesia con candado y una anciana sirvienta se encargó de cuidar los pocos objetos y muebles que en la casa se derrumbaban por la acción del gorgojo y del clima. Para Semana Santa no hubo cura en Nagaima y poco a poco la gente se fue acostumbrando a la ausencia de lo que sería un tanto arriesgado en llamar su director espiritual o su pastor.

Hasta cuando alguien comentó que el alcalde había recibido una carta en la que le notificaban el nombramiento de un nuevo párroco para el pueblo. El alcalde repitió el nombre que le mencionaban en la carta y comentó: "No es de aquí. No lo conozco. Ya veremos quién será". El dueño del café, la única persona con la que el alcalde conversaba de vez en cuando, y que era un caldense malhumorado y astuto, comentó con cierta sorna: "Parece que el nuevo padrecito es paisa. Se llama Carlos Uribe. Yo conocí unos Uribe en Armenia que tenían una trilladora y la perdieron a los dados. A lo mejor es de los mismos". Nadie le contradijo porque a nadie dijo nada ni el nombre ni el comentario de don Nito, que era como conocían en Nagaima al dueño del billar.

Un día el autobús no llegó y cuando todos suponían que hubiera sufrido alguna avería en el camino, llegaron unos arrieros con la noticia de que estaba volcado en una cuneta de la carretera, medio incendiado, y los ocupantes yacían a un lado de la carretera acribillados a balazos. El alcalde informó del hecho a las autoridades departamentales. Esa noche, cuando el pueblo dormía ya profundamente, se oyeron disparos en la plaza y gritos de hombres que derrumbaban a culatazos las puertas del café. El dueño del establecimiento abrió aterrado y un grupo de veinte hombres armados irrumpieron en el salón y comenzaron a beber todo lo que había en el mostrador. Abrieron las latas de sardinas y de conservas con la voracidad de quienes no hubieran probado ningún alimento hacía muchos días. Eran gentes de las más diversas regiones. Según le relató más tarde don Nito al alcalde, había algunos santandereanos, altos, nervudos y delgados de ojos inquietos y palabra escasa, había también boyacenses sombríos, y gentes del Valle del Cauca, mulatos de Roldanillo y negros de Puerto Tejada. Habían terminado con todas las provisiones del café y el que parecía dirigirlos encañonó al aterrado caldense con una pistola reglamentaria del ejército y le dijo con marcado acento tolimense: "Óigame viejito, no se le vaya a ir mucho la lengua. No queremos nada en este tierrero y nos volvemos al monte, pero si comienzan a jodernos bajamos otra vez y no vamos a dejar ningún godo vivo en este cagadero". Lo amarraron a una silla de madera y apagaron las luces y se fueron. Detrás de los desvencijados postigos de sus casas observaron alejarse al grupo, los aterrados habitantes de Nagaima. Al día siguiente alguien dijo haberlos visto por el río pero nadie notó la falta de ninguna de las pocas canoas que allí atracaban.

Por el relato de don Nito se supo que algunas de las ropas que llevaban los asaltantes, habían pertenecido a las víctimas del autobús, muchas de las cuales eran gente conocida del pueblo. El alcalde viajó a Ibagué para identificar los cadáveres y dar cuenta de la incursión que hicieran al pueblo los guerrilleros. Regresó una semana después acompañado por un sargento de la policía y cinco gendarmes a quienes alojó en la planta baja de la alcaldía. El sargento se llamaba Filemón Villanueva pero le decían El Manigua. Los policías se aburrían en el puerto y no estaban acostumbrados al clima. Se enfermaron a los pocos días y dos tuvieron que regresar al hospital de Ibagué, azotados por los temblores del paludismo. El Manigua y los tres restantes pasaban las horas sentados en las escalinatas del desembarcadero. Disparaban a los gallinazos que, corriente abajo, pasaban frente a Nagaima devorando animales muertos o parados sobre los tron-

cos que arrastrara la crecida de algún afluente cercano. No hicieron amistades con los habitantes de Nagaima y los días en que pernoctaba algún barco para cargar sus planchones con café y otros productos, se emborrachaban con los tripulantes en la calle de los burdeles y disparaban toda la noche sus rifles contra las pocas luces del alumbrado municipal. Se habían contagiado del miedo que reinaba en Nagaima y el clima se los iba devorando lentamente.

Ya había olvidado el alcalde el nombramiento del nuevo cura cuando le llegó un telegrama anunciándole la llegada del párroco. Se lo comunicó a don Ñito el mismo día: "Parece que su paisano llega en el bus de mañana. Yo voy a estar ocupado en la diligencia de unos linderos y me voy con los guardias todo el día. Recíbalos usted y me cuenta por la noche, a mi regreso, qué le parece el padrecito". Era evidente la desconfianza del hombre ante el desconocido que venía a compartir con él la autoridad en el pueblo y tal como se anunciaban las cosas en la región iba a necesitar un aliado muy discreto que se hiciera el de la vista gorda y algo le decía allá dentro que no iba a encontrarlo en el padre Carlos Uribe.

Al día siguiente madrugó llevándose a El Manigua sin gendarmes a la supuesta diligencia de linderos, de cuya inmediata urgencia nadie tenía noticia. Don Ñito se quedó esperando al nuevo cura y se dedicó en la mañana a crear en su imaginación los rasgos y particularidades del supuesto paisano que él ajustaba caprichosamente a sus deseos y esperanzas.

También el padre Carlos Uribe había dedicado buena parte del viaje a imaginar su nueva parroquia. Bajó del tren en Ibagué y tomó el destartalado vehículo que igual amontonaba en sus bancas carga que pasajeros. Había traído dos maletas grandes con lo más indispensable, y por el río le enviarían unas semanas más tarde el resto de sus cosas. El chofer lo sentó a su lado después de preguntarle si iba hasta Nagaima. Junto a él se sentó una robusta matrona de pelo pintado a parches y generoso descote, que despedía un perfume intenso y triste de loción barata. El chofer la llamó doña Rosi y al acomodarla junto al sacerdote, miró a éste como disculpándose a tiempo que le jugaba por los labios una sonrisa de complicidad dirigida al hombre que él suponía que escondían los hábitos. Cuando partió el ómnibus, el chofer comenzó una charla que intentaba crear, inútilmente, desde luego, un ambiente de relación entre sus compañeros de banca. "¿Usted es el nuevo cura de Nagaima, su reverencia?", preguntó. "Sí", contestó el sacerdote, abriendo su libro de oraciones con el objeto de cortar todo posible diálogo.

"Bueno, doña Rosi, menos mal que ya tenemos otra vez misa en Nagaima, ¿verdad?".

La mujerona, no sabiendo qué contestar y estando sus intereses tan alejados del tema, sonrió y se sumió en un tranquilo sueño del que no lograron sacarla los saltos y rebotes que daba el vehículo en la carretera que descendía hacia el río. El calor iba en aumento y a pesar de su blanca sotana y de la fresca ropa que traía debajo, el padre Uribe sudaba sofocado por el generoso aroma de la mujer y por el seco polvo que levantaban las ruedas que se colaba por debajo del desvencijado piso de tablas. A medida que se acercaban a Nagaima, el retrato imaginario que trazaba su nuevo párroco fue perdiendo las tintas optimistas y

los gratos aspectos que le suponía y se fue ajustando a la desoladora realidad, más fiel a la primera imagen nacida cuando anunciaron su nuevo destino.

Primero aparecieron algunas matas de plátano con las hojas convertidas en tostados harapos detenidos en un aire inmóvil y ardiente. Algunas casas después, todas de bahareque y techo de palma, las calles con pozos de agua verdusca y las nubes de mosquitos girando sobre la húmeda mancha que semejava una gran saliva descompuesta. En una esquina apareció allá, al fondo, el río. El coche se detuvo, y descendió doña Rosi despidiéndose del chofer y sonriendo tímidamente a su compañero de viaje. Una algarabía de radios chillones la recibieron en su calle y el ómnibus siguió su camino. "Es por los buques, padre—explicó el chofer con hipócrita vergüenza—; antes no había eso en Nagaima y el pueblo era más tranquilo. Y ahora que dicen que van a venir soldados, la cosa va a ser peor".

"¿Por qué van a venir soldados?", preguntó Carlos, que sabía muy bien las razones y traía desde Ibagué una nada tranquilizadora información sobre el futuro de su parroquia, pero interesado en conocer la explicación que le diera el hombre.

"Por lo de los chusmeros, padre. Cada día son más y se vuelven más descarados. A la otra chiva que hacía el viaje a Nagaima la asaltaron y mataron a toda la gente. Yo voy a cambiar de línea porque ésta ya no garantiza, padre, y un día a lo mejor le toca a uno y...".

Un brusco frenazo interrumpió la facundia del chofer y el ómnibus se detuvo frente a un letrero que decía: "Café Roma. Billares". El sacerdote descendió. Mientras esperaba que le bajarán las maletas se quedó mirando la plaza que en pleno sol del mediodía vibraba en su arenosa extensión solitaria. No se veía un alma en ninguno de los costados. Se quedó mirando la desolada silueta de la iglesia y los cerrados balcones de la casa parroquial, sin lograr todavía entrar de lleno en la realidad que comenzaba a vivir.

Cuando don Ñito se acercó a la blanca figura que le señalaron como el nuevo párroco, tuvo una explicable decepción al ver que ésta no ajustaba en forma alguna con sus ideales figuraciones. Se encontró frente a la elevada estatura de un hombre recio, de espaldas levemente cargadas. El cabello entrecano destacaba sobre el rostro aún juvenil y de facciones alargadas y altivas. La piel de la cara tenía una fina contextura quebradiza y levemente sonrosada. Los ojos grandes y azules, bajo unas cejas revueltas y ariscas, miraban siempre un poco más lejos de lo que el interlocutor esperaba y la boca se doblaba levemente en la comisura izquierda con un dejo de cierta tierna amargura. No, no era ese el hombre que don Ñito se esperaba y comenzó a dudar hasta de que pudiera ser paisano suyo, duda que le fue bien fácil confirmar, cuando al preguntarle si era el padre Carlos Uribe, éste le contestó con el acento directo y un tanto brusco de su gente: "Sí señor, a sus órdenes. ¿Y usted quién es?".

"Yo soy el dueño del café, padre. Me dicen don Ñito. Ñito Marulanda. De Armenia, padre, para servirle. Cuando supe su nombre creí que era caldense como yo, y me lo imaginaba más viejo... no sé por qué".

“¿Pues no le parece mejor que sea más joven? Creo que aquí les hace falta un párroco de muy buena salud”.

“Si padre... salud y otras cosas”, contestó don Ñito con evidente propósito de sondear al sacerdote.

“Bueno, mientras sabemos qué son esas cosas, por qué no me hace el favor de conseguirme a alguien para llevar estas maletas a la casa parroquial. Quiero arreglar un poco allí y después quisiera ver al señor alcalde”.

“Con mucho gusto, padre”, contestó don Ñito y llamó a un muchacho que le ayudaba en el café para que llevara el equipaje. El muchacho tomó las dos maletas y se zambulló en la ardiente extensión de la plaza seguido por el padre Carlos y por don Ñito, que quería sondear un poco al nuevo párroco.

“El señor alcalde tuvo que salir esta mañana para un asunto de unos linderos y me recomendó saludarlo en su nombre. No sabemos si regrese esta noche pero de todas maneras yo le avisaré que usted llegó sin novedad y él irá a visitarlo”.

Había algo en la explicación de don Ñito que no acababa de convencerle pero no quiso preguntar más y optó por cerciorarse después y con más calma sobre lo que hubiera de verdad en todo esto.

La anciana mujer que cuidaba la casa parroquial había sido advertida de la llegada del nuevo párroco y estaba esperando en la puerta desde cuando oyó llegar al pueblo el ómnibus. Tenía unos ojos profundos y oscuros que miraban con fiera inteligencia y un pulso firme que indicaba una reserva inagotable de energías. Entre ella y el cura se estableció desde el primer momento una espontánea simpatía. A ella le conmovió la arrogante juventud del sacerdote y la tristeza que escondían sus ojos azules, y a él la secreta energía de los sarmentosos miembros que levantaron las maletas como si no pesaran y la inteligencia de esos ojos vivaces y francos. Se despidió de don Ñito y después de darle unas monedas al muchacho entró a la casa parroquial guiado por la mujer.

“Me llamo Concepción Ramírez, su reverencia, pero me dicen Concha y por Concha entiendo. Hay días en que amanezco un poco sorda y hay que gritarme. Duermo muy poco y si necesita usted algo en la noche llámeme sin pena que estaré despierta”. Pasaron por el corredor lateral del patio y llegaron al fondo de la casa. “Esta es su pieza. Limpié lo que pude, pero el padre Giraldo era tan pobre que ni para la cal había y por eso están así las paredes. La cama la lavé con agua hirviendo por las chinches. Ya no tiene ninguna”.

Carlos entró en una amplia pieza con ese inconfundible olor a vegetal encerrado y marchito de los cuartos de tierra caliente. Las paredes, que habían sido blancas en un tiempo, tenían una costra gris verdosa creada por la humedad. Un catre de lona y una mesa de noche desvenecijada eran todos los muebles. Sobre la cama un crucifijo antiguo con pelo natural que le colgaba sobre el rostro, parecía una excrecencia del muro nacida del caldeado ambiente del cuarto y del húmedo musgo de las paredes. Concha dejó las maletas y le mostró al nuevo párroco el resto de la casa. Un cuarto también muy amplio servía de despacho parroquial. Estaba separado por una barandilla comida de gorgojo y a punto de derrumbarse. A un costado del patio, en el corredor, estaban la cocina y el co-

medor. Otras piezas guardaban muebles destrozados por el tiempo y de los que caía sin cesar esa parda llovizna de madera que denuncia el trabajo sin pausa de los gorgojos. El padre Carlos regresó a su cuarto y Concha sacó de las maletas unas sábanas que tendió sobre el catre.

“Hay que comprar una cómoda, don Carlos –comentó mientras hacía la cama–. Mientras tanto, deje usted todo en las maletas. Pero voy a traerle una mesa que tengo en la cocina para que no las deja en el suelo porque se le llenan de animales”. Ese “don Carlos” le salió como un reconocimiento natural del derecho que aceptaba de velar por él y así lo entendió él conmovido al sentirse llamar como lo hacían las viejas sirvientas de “La Fragüita” que lo cuidaran en su convalecencia.

“Dios se lo pague, Concha. Voy a descansar un rato y después trae la mesa. Estoy muy cansado”. Se acostó en el catre con la mirada fija en las grandes manchas del techo y sintiendo cómo, a medida que le dominaba el sueño, se sumergía en el calor pegajoso de la siesta de Nagaima que se llevaba toda energía y todo impulso, así fuera el necesario para alcanzar un vaso con agua. Sintió a Concha moverse en el cuarto y tratando de no hacer ruido para no despertarlo; después se quedó profundamente dormido.

Soñó que llegaba a la desembocadura de un río cuyas aguas se extendían por la totalidad del horizonte y entraban en contacto con el mar en vastas sabanas de esteros que brillaban al sol de la tarde. Una sensación de inmensidad, de desamparada soledad y de vaga angustia le hacía detener con el remo la canoa en la cual navegaba y que seguía, cada vez más velozmente, el curso de la corriente. Se encontró con un anciano de largos cabellos blancos que le daban un aspecto de mujer y le preguntó el sistema para detener la barca. “Es ahora que vivimos así, padre, le contestó sin levantar la cara que conservaba oculta por la cabellera que le cubría el rostro, antes era distinto, padre. No se apure, no le va a pasar nada, los muertos ya bajaron esta mañana”. La barca dio una pequeña sacudida y quedó varada en un banco de arena. Después caminaba a pie por desolados parajes que tenían algo familiar con las llanuras flamencas. De pronto la llanura se quebraba bruscamente allá, abajo, una profunda hondonada regaban las tumultuosas aguas de un río, un puente de ferrocarril, un puente interminable. Viajaba en un vagón de color amarillo que se fue llenando de soldados en campaña. Uno de ellos le pidió permiso para abrir la ventanilla explicándole: “No aguantamos más este perfume, son las ruedas que tienen un aceite especial para poder frenar sobre el puente, pero con el aire se va”. De pronto se sintió presa de un cansancio agotador y al querer bajarse del tren, se dio cuenta que estaba soñando y que era mejor esperar a que aquél se detuviera. Los soldados comenzaron a disparar por las ventanillas contra unas aves que seguían al convoy a muy baja altura mirando fijamente a los viajeros con unos ojos vivaces e inteligentes en intermitente parpadeo por una nata azul verdosa que cubiertos dejaba, al regresar a su lugar, un brillo acuoso y febril en las pupilas. Los pájaros caían al abismo gritando en desgarrada algarabía y los soldados multiplicaban sus disparos embriagados con la matanza. Despertó, de repente, incorporándose en el catre. Alguien disparaba afuera y se escuchaban gritos en la plaza. Por un momento no recordó dónde

estaba y le pareció lógico el escuchar estos disparos de sus compañeros de viaje, pero, con la instantánea exactitud con que se perciben las ilusiones ópticas, entró a la realidad de su vida presente. Seguían disparando y gritando. Eran alaridos de borrachos mezclados con risas. Llamó a Concha, que apareció en la puerta envuelta en una blanca sábana. Le preguntó quién disparaba a esas horas. "Son El Manigua y sus hombres que deben haber vuelto del paseo con el alcalde. Siempre hacen lo mismo, pero no se meten con nadie. Voy a prepararle una agua de panela para que se duerma tranquilo, don Carlos". De la viejecita emanaba una grata seguridad maternal hecha de esa fuerza secreta de mujer, de esa energía que protege la especie y a la cual nos acogemos cuando toda fuerza y toda esperanza nos han abandonado en el vago desorden de cada instante.

Regresó Concha con el tazón de agua de panela y a tiempo que daba los primeros sorbos al líquido dulzón con sabor a tierra, a caña y a hoja seca, los disparos se hicieron más espaciados y los gritos menos estridentes. Cuando terminó de beber, Nagaima flotaba en el murmullo barroso de las aguas del río que anunciaba, vanamente, una brisa que no llegaba nunca. Rezó sus oraciones y a tiempo que la bombilla parpadeaba y se iba poniendo amarilla, las sombras comenzaron a llegar de todas las esquinas del cuarto. Cuando la oscuridad fue total, oyó, antes de entrar en un profundo sueño, que en alguna parte se había silenciado el monótono palpar de un motor cercano al agua.

